

Si todos los gobernantes de América consagrasen sus países al Corazón de Jesús, podrían, como do, gobernar años y años con el apoyo de la Iglesia.

AUGUSTO B. LEGUIA  
Presidente del Perú

# LA HUMANIDAD

Mis asesinatos políticos, mis persecuciones a obreros y campesinos, mis 18 años de tiranía, han tenido por fin, su merecida recompensa: el Papa me ha hecho Príncipe Romano.

JUAN V. GOMEZ  
Presidente de Venezuela

ORGANO DE LA CONFEDERACION OBRERA DE COLOMBIA

DIRECTOR, TORRES GIRALDO

Redactor, J. GONZALEZ ARCE

Oficinas: Carrera 9ª No. 186

La palabra de un hombre libre vale más que la de mil esclavos—VICTOR HUGO.

Imprenta de "La Cooperativa"

Teléfono 473

Dirección telegráfica: HUMANIDAD

AÑO II — NUMERO 92

CALI—VALLE—COLOMBIA

Septiembre 17 de 1927.

## EL OBRERO Y EL ESTADO

La sociedad burguesa como entidad explotadora fuertemente ligada a los gobiernos, llámense monarquistas o republicanos, combatió en la vieja Europa toda institución sindical creada para fomentar el mejoramiento del obrero manual. La resistencia encarnada en la rebeldía de los gremios que se sentían explotados, hicieron caer bien pronto a los patrones en la cuenta de que se cometía un error al enfrentarse a la acción de los rebaños que querían sostener sobre terrenos de miseria. Comprendieron a la vez que una cerrada oposición daría en tierra con no pocas fortunas y acaso con la totalidad de los gobiernos; éstos res paldaron al patronaje no ya para combatir la sindicalización sino más bien para fomentarla, apoyarla y abrirle un amplio camino que le permitiera no extraviarse por trochas que los llevaran más rectamente al final que perseguían.

Bélgica fue la primera nación del mundo que apropió en sus presupuestos sumas de francos relativamente fabulosas para el desarrollo de los sindicatos gremiales, para la instalación de bibliotecas cuyos escaparates se llenaron naturalmente de volúmenes rigurosamente seleccionados, para

no encender la chispa de la rebeldía que ya tenía signos de incandescencia en el alma del proletariado. Fue allí donde primero tuvieron vida las cajas escolares y donde las cooperativas subvencionadas por el Estado apagaron en el pueblo el anhelo de la revolución. El gobierno expidió leyes de protección obrera en tal número y calidad que los obreros mismos calificaban de innecesarias y se registraron manifestaciones de agradecimiento para quienes habían encontrado la fórmula más sangrienta de explotar al hombre por el hombre. Llegó a tal punto la visión de la corona y el capitalismo, que de ese maridaje temible surgió una ley que prohibía a los patrones recibir en sus talleres y fábricas obreros que no estuvieran afiliados a sus respectivos sindicatos.

Preguntar ahora cuánto ha ganado el obrerismo belga y tendríamos para desconcertarnos: un pedazo de pan menos duro, unos minutos menos de jornada, un poco menos de oscuridad, pero en cambio ha perpetuado en el poder a una corona que lo vapula y que lo humilla.

De ahí que nosotros estemos tan sinceramente convencidos de este sabio principio: «La re

dención del proletariado debe ser obra del proletariado mismo».

Qué nos importan las leyes que el Estado burgués confecciona a su amano, diciendo que son nuestra redención, si cuando vamos a ampararnos en ellas sólo encontramos las fauces amenazadoras de los fusiles que en recta horizontal se tienden sobre nuestros pechos?

Qué significa esa jornada de las 8 horas si el patrón nos obliga a permanecer encerrados dentro de sus talleres, diez o más a cambio de un mísero salario?

Para qué sirve el descanso dominical remunerado si los patrones saben muy bien dónde está enmarcada dentro de la ley la puerta de escape que les permite burlarse del obrero?

Para qué la ley sobre accidentes de trabajo, de seguro colectivo y de habitaciones higiénicas para los obreros?

Cuáles han sido los resultados de la famosa ley sobre huelgas?

La matanza, el escarnio, la burla sangrienta que de nuestros derechos hacen el capital y el Estado sostenidos en la punta de las bayonetas.

El obrerismo no debe pedir

Pasa a la página 8.